

*un ancho panteón;
tumba convexa donde ya cadáveres,
¡ay! se hacinan los míseros humanos;
vil pudridero, cuya masa fétida
corroen implacables los gusanos
de una y otra pasión.*

Las terribles visiones nocturnas no le dejan dormir. De pronto, repara en su esposa, que duerme dulce y sosegada a su lado:

*Mas luego puse los ojos
desencajados de espanto
sobre ti,
y ya no vieron enojos,
y se arrasaron del llanto
que vertí.*

Todas las terribles sombras que a su espantado ánimo hacen llegar las circunstancias de la vida, se disipan ahora ante la contemplación de la esposa, que pinta como modelo de virtud y veneración. Y empieza una larga meditación sobre el sueño de los justos y el insomnio de los que tienen el ánimo turbado por sus indignas vicencias y pecados. Y al final, un canto de amor a la esposa:

*¿Qué me importa, al espirar,
que dé mi nombre a los vientos
tromba de oro,
si más precio el escuchar
de tus labios soñolientos:
«Yo te adoro»?*

*Bajo mi yugo tener
mil naciones prosternadas
y mil reyes,*

*¿qué me importa? Obedecer
quiero más a tus miradas
como leyes.*

*El remoto Chimborazo
¿qué me importa, ni el tesoro
del Perú,*

*si yo alcanzo con mi brazo
todo, todo cuanto adoro,
que eres tú?*

Un poema romántico en su forma, sin la menor duda, pero totalmente burgués y conservador, como el mismo pensamiento